



# Capítulo 1

LOS NORIEGA

Su presente se sostenía por el delgado hilo  
de un conformismo atroz y el miedo a una autoridad  
que nunca debieron reconocer.

---

San Rafael, Mendoza, junio de 1993

**E**l sol se escondía en el horizonte y una humedad gris y densa anunciaba una inminente lluvia. Lucio Noriega trabajaba en la bodega perteneciente a Esteban Madison, dedicada por cinco generaciones a la producción de vino.

Era un hombre introvertido y dominante, aferrado a estructuras añejas, reacio a las cuestiones que imponía el transcurso del tiempo en la sociedad. Se conformaba con su suerte. No tenía grandes ambiciones. Deseaba que cada una de sus hijas fueran amas de casa y que su hijo trabajara como él. Lucio creía que era un exceso que las mujeres estudiaran, así como también consideraba desagradecidos

10 a los hijos varones que no continuaban el trabajo de su padre.

No se adaptaba a los cambios que no fueran consecuencia de sus propias decisiones. Noches atrás, su esposa, Salvadora, le había dicho que condenaba a los hijos de ambos a un retroceso al pretender condicionar sus destinos a la medida de sus deseos. Él, enfurecido, le había respondido que solo sobre su cadáver permitiría algo diferente.

La mujer había nacido para criar hijos y esperar a su hombre en la casa. Eso era exactamente lo que harían sus hijas. Luego, le había retirado la palabra y había dejado de amarla por las noches. Ese era el formato de su enojo, su esposa lo sabía bien. Desde que se casaron, cuando algo lo fastidiaba, manifestaba una indiferencia letal hacia ella hasta hacerla ceder. La mujer, sedienta de él, había sostenido su postura hasta que el deseo fue más fuerte. Entonces, la noche anterior, lo había acariciado vencida bajo las sábanas.

–Necesito que me hagas el amor –le había suplicado.

–Júrame que jamás inculcarás tus ideas a nuestros hijos o no volveré a tocarte –la había amenazado en la oscuridad de la habitación. Sus palabras sonaron en la penumbra perforando con su eco las ilusiones de su mujer. Hablaba en serio. Lucio no mentía.

–Lo juro –había respondido Salvadora sabiendo que debía cumplir.

De ese modo había satisfecho sus más bajas pasiones. Como era habitual, la obligó a darle más placer que el que él mismo



le brindaba. Salvadora era sumisa y leal, solo sus ilusiones desamarraban las palabras de la cotidianidad de su vida, hasta que Lucio la sometía nuevamente. Era una mujer que necesitaba en forma permanente un abrazo que le diera seguridad y un lugar donde pertenecer. A veces, sentía que no se conocía. Y así vivía, en la búsqueda de razones y respuestas, de motivos y encuentros. Soñaba con tener amigas y acceder a una vida social prohibida por su esposo. Soñaba también con un pasado verdadero, aunque solo fuera para añorarlo.

Se había criado en un orfanato, ignorando su origen. Todavía no se había caído su ombligo cuando unas manos heladas la entregaron en ese lugar. Las monjas se habían compadecido de esa criatura inocente. Habían puesto la niña a disposición de un juez de menores al constatar que nadie reclamaba por ella y se ocuparon de realizar los trámites judiciales para darle el nombre que la supuesta tía había referido.

Nadie había solicitado su adopción tampoco, por lo que la mayoría de edad la encontró en el orfanato. Reiteradas veces el recuerdo del modo en que fue abandonada allí se reproducía en su mente con los diálogos textuales que las monjas le habían contado. Quedaba entonces sumida en las palabras de esa escena, ausente del presente.

—¿Cómo se llama? —había preguntado la hermana Ema mientras acariciaba con piedad a la bebé, aquella mañana en que la conocieron.

—Salvadora —había respondido la mujer sin pensarlo, mientras ocultaba la huella interna que las mentiras dibujan detrás



12 del sonido de las palabras—. Salvadora Quinteros. Debe llevar el apellido de mi hermana fallecida. No sé quién es su padre.

—¿Dónde vive, señora? ¿Cuál es su nombre? —le había preguntado la hermana Milagros.

—No tengo casa. Me llamo... María es mi nombre. Debo irme ahora. Regresaré mañana —había dicho.

—Debemos saber dónde ubicarla, no podemos quedarnos con la niña sin más. Comprenda —agregó la religiosa.

—Sí, entiendo, pero no puedo llevármela. Mi hermana vino a buscarme a punto de dar a luz. Vivo en un prostíbulo... Allí ocurrió el parto el mismo día de ayer y... Ella murió. El dueño fue claro: o me llevaba la niña o me quedaba sin trabajo ni lugar donde vivir. Pueden imaginar por qué estoy aquí. Vendré a verla, lo prometo; pero necesito que me ayuden y se hagan cargo ahora —suplicó.

—Está bien. Puede mudarse aquí y trabajar en el orfanato, si desea cambiar de vida —agregó la hermana Amparo.

—Mi vida no cambiará nunca. Les agradezco pero solo volveré a visitarla. Pueden criarla o darla en adopción, lo que quieran. Perdón, lo que sea mejor para ella —corrigió frente a la expresión de horror de las monjas.

La hermana Ema era muy intuitiva y desconfiada. Algo no le gustaba del asunto. La mujer no era honesta, y no se refería a su pureza. Evadiendo la respuesta, la joven había partido apresurada minutos después, sin siquiera besar a la pequeña, para jamás volver. Las otras monjas, distraídas con la niña que había comenzado a llorar, no la retuvieron.



–Esa joven nunca volverá –había sentenciado sor Ema.

Y había tenido razón. Los días, los meses y los años pasaron sin que nadie más que esas tres monjas se interesaran por la bebé.

Mucho tiempo había transcurrido desde ese suceso. Ni siquiera el destino había recordado la identidad de esa pequeña abandonada al olvido de sus orígenes, a la suerte de una congregación religiosa que tenía a su cargo un orfanato. Todas las hermanas cumplían con sus obligaciones espirituales y eran buenas con la niña. Sin embargo, nada podía suplir la necesidad de una madre.

Un diario en el que desahogaba sus emociones y sus carencias desde los tiempos del orfanato había sido aliado y cómplice de Salvadora. Desde que supo que a nadie en el mundo le importaba, a excepción de a esas monjas, buscó consuelo en las palabras que ella misma elegía para sanar su dolor. Escribir secretamente su desdicha aliviaba su continua sensación de abandono. La hermana Ema percibía su vacío, pero poco podía hacer para llenarlo más que darle cariño.

Salvadora solía imaginar su origen dándole forma de historias dramáticas en las cuales alguna circunstancia extrema justificaba su soledad. Adivinaba que el alejamiento de sus padres había sido un sacrificio para darle una vida mejor. Que su madre no había muerto en el parto sino que, presa del dolor, había preferido que le dijeran eso para que no la buscara; o quizá la había besado con devoción antes de partir prometiéndole que la cuidaría siempre desde la eternidad.



14 Quería ponerle palabras a lo que no sabía, como si con ello mágicamente recobrar su pasado, como si fuera posible conocer la verdad a fuerza de sufrir las razones de su soledad. No dejaba de preguntarse por qué no tenía ni un familiar que la buscara. Al final, y frente a las múltiples suposiciones que la llevaban a una gran conclusión vacía, prefería pensar que sus padres estaban muertos, fatalmente muertos y que por ese motivo no habían regresado por ella.

Así, en medio de la nada que circundaba sus días y su desconsuelo, colaboraba con las tareas del orfanato. Luego, a sus veintitrés años, las monjas le habían conseguido trabajo en San Rafael, en una bodega. Los dueños realizaban donaciones y la directora había hablado con ellos por su caso, no deseaban que se convirtiera en religiosa sin conocer otras opciones. Viviría en una pensión. Salvadora había aceptado y recién llegada a su nueva vida conoció a Lucio en la bodega Madison, donde se desempeñó como empleada administrativa.

A los seis meses se habían casado y él le había dicho que la quería en el hogar. Por ese motivo había dejado su trabajo. Virgen y sin experiencia, relacionada toda su vida con la distancia y el abandono, estaba deslumbrada con ese hombre que la cuidaba y la quería solo para él. Había aceptado convencida de que eso era amor. Finalmente alguien iba a necesitarla en su vida. Se había aferrado a la primera sensación de reciprocidad afectiva con tanta intensidad, que sin darse cuenta había perdido su independencia. No había logrado quedar embarazada durante los primeros años del matrimonio, quizá estaba



demasiado pendiente de ello. Pero era feliz junto a Lucio, quien no le exigía nada en ese sentido. Luego, quedó embarazada de su primera hija y sintió que el mundo estaba a sus pies. Dos embarazos más llegaron a su vida durante los años siguientes.

Su vida, con hijos y esposo, guardaba un espacio vacío: el de su pasado. Nunca quiso regresar a Tunuyán, al hogar Casa del Niño. Al principio, llamaba por teléfono pero luego dejó de hacerlo. Sentía culpa por eso pero el lugar le recordaba que no sabía quién era en realidad y no podía manejar ese sentimiento. Lucio tampoco quería que fuera allí.

Sus años habían transcurrido sin excesos ni grandes emociones. Solo sus hijos le habían brindado un sentido diferente a sus días. Amaba a los tres, pero en su interior sentía que Solana era quien iba a redimirla. Su hija mayor lograría todo lo que a ella le había sido negado. Estaba segura de eso.

Solana tenía doce años. Era una niña de una belleza poética. Su mirada profunda era más intensa que sus ojos azules. Su cabello lacio y rubio caía sobre sus hombros enmarcando un rostro suave y angelical.

Si bien aceptaba las órdenes sin cuestionamientos, atravesaba esa edad en la que definiría su carácter para siempre. Soñaba con abandonar el lugar en el que vivía, deseaba estudiar y conocer el mundo. No le interesaba convertirse en ama de casa. Tan solo con mirar a su madre confirmaba que era justamente eso lo que no quería para ella.

Salvadora era una buena mujer. Sí, lo era. Pero así como



16 el destino le había arrebatado el pasado, ella había permitido que un hombre le robara el futuro condenándola al ostracismo de un matrimonio insoportable. Su presente se sostenía por el delgado hilo de un conformismo atroz y el miedo a una autoridad que nunca debió reconocer. Se había convertido en una esposa débil y sumisa. Guardaba en su mirada la intensidad de las heridas abiertas y las lágrimas derramadas en un lugar desierto de su alma. Para ella, el telón había caído sobre sus ilusiones; la vida había vencido sus intentos en cada pulseada perdida frente a la soledad, primero, y frente a Lucio Noriega, su esposo, después.

Solana pensaba que su madre era una mujer hermosa, escondida bajo el yugo de un hombre tirano. No podía cambiar esa historia pero decididamente no la repetiría.

Alondra tenía once años. Su cabello rubio y ondulado caía graciosamente sobre su espalda. Sus ojos eran azules como los de su hermana, pero su mirada era fría. Por ellos asomaban señales de maldad. Aun así era objetivamente una beldad. Era tenaz al momento de obtener lo que deseaba. Para ella, todo valía sin medir consecuencias. Ese rasgo inherente a su personalidad había sido evidente desde pequeña y se profundizaba intensamente en la etapa de la preadolescencia. Era la consentida de su padre. En medio de besos y zalame-rías dolosas conseguía siempre lo que se le antojaba. Muchas veces sus hermanos eran castigados por hechos que eran su exclusiva responsabilidad. Era manipuladora y mentirosa. Enredaba a su padre hábilmente. Era falsa y sus discursos





siempre escondían un ardid pero Lucio estaba ciego cuando de Alondra se trataba.

Salvadora había criado a sus dos hijas por igual, con el mismo amor y la misma dedicación, pero la menor de ellas no había sido permeable a ninguno de los valores que tanto le había enseñado.

Wenceslao, llamado así por decisión de Lucio, tenía nueve años. Toda la familia le decía Wen. Era un niño muy sensible pero ocultaba ese rasgo. Por mandato paterno, no debía llorar: "¡Sea hombre!", le decía su padre; lo demás era "mari-conear". Rubio y de ojos negros como Lucio, era físicamente diferente a sus hermanas. Crecía sabiendo que su padre tenía decidido su futuro y le tenía tanto temor a él como a ese macabro porvenir que había diseñado para su vida de modo obligatorio. Era cariñoso y apegado a su madre cuando Lucio no podía verlo. Adoraba a su hermana mayor y lamentaba tener que convivir con Alondra. Se devoraba su dolor, crecía amontonando ilusiones mudas que unas contra otras se golpeaban en el intento de ser liberadas.

Hasta ese momento, dados sus escasos años, solo disfrutaba de la amistad que lo unía, desde que tenía memoria, a Beltrán Madison Uribe, un niño que habían adoptado los dueños de la bodega. Lo único que sabía era que los padres biológicos habían muerto. Beltrán era un Madison más.

A Wenceslao le encantaban los aviones, pero callaba su sueño de ser piloto algún día. La única vez que lo había dicho, su padre, con una mirada amenazante, le había presionado



18 con fuerza el brazo hasta marcarlo mientras le decía que debía olvidarse de eso pues su obligación era trabajar junto a él. Salvadora le había dado consuelo asegurando que faltaba mucho todavía para tomar esas decisiones y Wen había optado por hacerle caso abrigando su deseo en silencio.

Los Madison fueron la huella indeleble de un apellido que marcó la crianza de los niños Noriega. Desde lejos eran observadores del fatal opuesto de sus realidades. Mientras que ellos crecían con dos mudas de ropa, un padre inflexible y una madre sumisa; los "chicos Madi", como solían referirse a ellos, tenían todo lo que deseaban. Eran dueños de una vida perfecta. Practicaban deportes, viajaban por el mundo e invitaban amigos a su casa a divertirse y a disfrutar de sus posesiones. Vestían prendas de marca y, además, eran lindos. Wenceslao solía pensar que no era justo que lo tuvieran todo, al menos debían ser medianamente feos para que él pudiera creer que Dios equilibraba sus designios, pero no era así. A su modo, todos ellos llamaban la atención desde una belleza excesiva.

Sumida siempre en un silencio neutral y reflexivo, Solana había sido testigo de la manera en que, frente a sus ojos, Octavio Madison se había convertido en el adolescente más hermoso y sensual que ella hubiera visto jamás. Para su pena, él ignoraba la presencia de ella en el mundo. Nunca la había mirado a los ojos ni siquiera como un acto reflejo, como una actitud involuntaria, como se mira a un desconocido al pasar. En las ocasiones en que el destino los había ubicado a



pocos pasos, ella sentía que su corazón iba explotar a fuerza de latir desmesuradamente y que él iba a darse cuenta. Pero no ocurría nada. Octavio Madison nunca había registrado su existencia ni la de ningún miembro de su familia.

Diferente era Beltrán Madison Uribe. A él le gustaba caminar sin rumbo, una suerte de paseos de alma en los que se encontraba a sí mismo. Fue en uno de esos paseos que había llegado a la casa de los Noriega. Un niño jugaba en la puerta con un avión de papel imitando sonidos y vuelos con destinos imaginarios. Beltrán lo observó largo rato haciendo un gran esfuerzo por comprender la simpleza de su diversión y la alegría de su rostro. Solo tenía una hoja sucia doblada en los laterales y la lanzaba como si con ese gesto dirigiera un vuelo de primera clase. Observaba absorto ascender la imaginaria nave de papel mientras imitaba la voz del piloto hablándoles a los pasajeros. Les informaba el tiempo aproximado de vuelo y las condiciones del clima. *¿Cómo alguien podía ser feliz con tan poco?*, se preguntaba azorado. Si así era, él debía conocerlo y saber cómo lo lograba.

Se habían hecho secretamente amigos dado que Wenceslao Noriega tenía expresa prohibición de su padre de vincularse con los patrones y el mismo Beltrán tenía igual límite respecto de extraños.

Alondra sabía de esos encuentros y amenazaba a su hermano con hacérselo saber a su padre si no le realizaba las tareas escolares o domésticas. El pobre Wenceslao accedía con tal de evitar enfrentamientos con su progenitor. Alondra



20 no tardó en sentirse atraída por el joven Beltrán, un moreno de cuerpo fuerte y rasgos varoniles, mirada de color miel y manos seductoras. En las puertas de una adolescencia precoz que alteraba sus hormonas, Alondra fantaseaba con Beltrán. Una tarde, luego de mirarlo por largo rato, se había atrevido a acercarse y a besarlo en la boca sin más, dejándolo sorprendido y excitado, sin poder entender por qué, cuando había querido ir por más, ella le había dado una bofetada y había huido como la víctima que, claramente, no había sido. Wen se había disculpado con su amigo, dado que se sentía muy avergonzado por lo que había hecho su hermana.

